

XXXIII Jornadas de Investigación del Instituto de Literatura Hispanoamericana

Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires - marzo de 2021

Universos miniatura: los periódicos ilustrados de César Hipólito Bacle (Buenos Aires, 1835-1836)

María Laura Romano

Instituto de Literatura Hispanoamericana

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales - Conicet

Museos impresos

“Casi todas las épocas, según su disposición interna, parecen desarrollar un problema constructivo determinado: el gótico las catedrales, el barroco el castillo, y el incipiente siglo XIX, con su tendencia retrospectiva a dejarse impregnar por el pasado, el museo”. Esta idea del historiador suizo Sigfried Giedion, citada por Walter Benjamin en el *Libro de los pasajes*¹, trasciende el ámbito arquitectónico para desplegarse también en el campo tipográfico. En efecto, durante el siglo XIX, surgieron una serie de periódicos que construyeron un paralelo literario con el museo. Émile de Girardin publicó, en París, en 1833, el periódico ilustrado *Musée des Familles. Lectures de Soir*, que fue imitado en Madrid con una publicación de nombre idéntico: *Museo de las Familias. Periódico Mensual* (1843). A partir de ese momento, el formato adquirió gran popularidad en España y en pocos años los periódicos-museo se multiplicaron (Pérez Valle, 2015). Las ciudades sudamericanas no estuvieron exentas de esa moda, que dio lugar, entre otros títulos, al *Museo Universal. Jornal das Famílias Brasileiras* (Río de Janeiro, 1837), al *Museo de Ambas Américas* (Valparaíso, 1842) y al *Museo Mexicano o Miscelánea Pintoresca de Amenidades Curiosas e Instructivas* (Ciudad de México, 1843). Ahora bien, el problema de construcción que caracterizaba a los periódicos-museo era el común denominador de una zona más amplia de la prensa cultural del período, que excedía la fórmula inventada por Girardin. Esta zona germinó en un momento de transformación del mercado editorial, que precisaba novedosos formatos

¹ Benjamin, Walter. *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal, 2005, 413.

para satisfacer la demanda del nuevo público lector². En ese contexto de exploración, además de las publicaciones-museo, aparecieron otras que llevaban en su título el nombre de “mosaico”, “álbum”, “ramillete”, “caleidoscopio”. Todas ellas perseguían un objetivo ilustrado, la divulgación del saber y la cultura, y fundamentaban la elección de sus títulos en que se componían, en diferente grado, a través de la recopilación de textos y, en la mayoría de los casos, de ilustraciones.

Este sucinto panorama que acabamos de trazar señala una tendencia de la prensa desplegada a lo largo de todo el siglo XIX, cuyo desarrollo comenzó en el Río de la Plata a mediados de la década de 1830, con la publicación en Buenos Aires de *El Museo Americano. Libro de Todo el Mundo* (1835) y de *El Recopilador. Museo Americano* (1836). En el contexto local, estos periódicos, editados por el impresor y litógrafo suizo César Hipólito Bacle, pueden leerse en serie con el *Archivo Americano y el Espíritu de la Prensa del Mundo* (Buenos Aires, 1843-1851), la *Enciclopedia. Periódico para Todos* (Montevideo, 1841), el *Álbum. Periódico de las Damas* (Montevideo, 1841), el *Ramillete Literario* (Montevideo, 1847), el *Museo Literario* (Buenos Aires, 1859), *El Álbum Platense* (Montevideo, 1887), entre otros. Aunque algunos de las publicaciones mencionadas presentan rasgos disímiles entre sí, incorporan en diferente medida la práctica del compendio cruzándola, en todos los casos, con el objetivo de la divulgación cultural. Su valor no radicaba tanto en poner a circular textos o imágenes de autoría propia sino en el armado de un muestrario de escrituras e ilustraciones múltiples, originalmente publicadas en formatos diversos (libros, folletos, periódicos). Al inscribirse en un espacio común, escritos e imágenes pasaban a formar parte de un elenco esencial recortado del trasfondo de los nuevos conocimientos de las distintas ramas del saber, de la producción literaria del presente o del pasado y también de la propia producción periodística.

¿Qué recopilar?

En *El orden de los libros*, Roger Chartier se pregunta por las formas en que los hombres y las mujeres de Occidente intentaron dominar la gran masa de escritos que primero el libro manuscrito y luego el libro impreso pusieron en circulación. En este sentido, las bibliotecas, como dispositivos de conservación y ordenamiento,

² Chartier, Roger. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza, 1994.

constituyeron espacios de gran relevancia. Sin embargo, la imposibilidad de reunir en ellas todo el patrimonio escrito de la humanidad despertó reflexiones y determinó la elaboración de guías que sirvieran para la elección de las obras útiles que debían ocupar sus anaqueles. A propósito de esto, Chartier recoge una utopía de Louis-Sébastien Mercier escrita en 1771. Se trata de una biblioteca futura reducida a su mínima –pero esencial– expresión, compuesta por un puñado de pequeños libros en doceavo, cada uno de los cuales alberga la sustancia de 1000 volúmenes in-folio. Mercier usa términos encomiásticos para referirse a los hombres encargados de realizar esta tarea de reducción. Dice: “Nuestros compiladores son gente estimable y cara a la nación”³. Esta valoración no resultaba exagerada en el contexto del Siglo de las Luces. En efecto, el poder para sintetizar masas y masas de escritos, don que asemejaba la práctica de la compilación con la de la alquimia, permitía realizar una contundente colaboración a la ilustración del pueblo pues los compendios maximizaban la capacidad del aprendizaje y la memoria.

Los compiladores de la biblioteca de la utopía de Mercier tenían entonces en sus manos una responsabilidad muy delicada. Los editores de los periódicos a que nos referimos se parecen en parte a esos recopiladores utópicos, pero la sociedad letrada rioplatense no profesó hacia ellos el mismo tipo de aprecio reverente que se habían granjeado los bibliotecarios imaginados por el escritor francés. Puntualmente, en lo que respecta al primer periódico de Bacle, *El Museo Americano. Libro de Todo el Mundo*, que, en 1835, inauguró localmente la serie que nos interesa, ni la elección ni el orden de las materias se consideraba un dato dado sino que constituían un asunto litigioso. ¿Qué tipo de inteligencia se precisaba para ejercer idóneamente la tarea de compilador en un medio caracterizado por la inserción periférica en la cultura global? Si pasamos las páginas de *El Museo Americano* no es fácil dar con ella; sin ir en detrimento de su atractivo, el criterio de selección y clasificación de los asuntos tratados no salta rápidamente a la vista.

Por cierto que es un verdadero *Museo* el que nos hemos propuesto abrir para todos los asuntos de curiosidad, y para todos los bolsillos. Queremos que en él se hallen materias de todos los precios, de todos los gustos: cosas antiguas y modernas, animadas é inanimadas, monumentales, naturales, civilizadas,

³ Chartier, Roger. *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa, 2005, p. 75.

salvajes, pertenecientes á la tierra, al mar, al cielo, á todos los tiempos, procedentes de todos los países, del Indostan y de la China, así como de la Irlanda, del Perú, de Buenos Ayres, de Roma ó de Paris (“A todo el mundo”, s/p).

Este fragmento del prospecto, traducción con algunas variaciones de la nota editorial del periódico parisino *Le Magasin Pittoresque*, refleja la multiplicidad un tanto indomable que se desplegaba en el primer papel de Bacle; enumeración grandilocuente con divisiones categoriales de trazos gruesos, que aspiraba a ser un “inventario total” de las cosas del mundo. Las pocas líneas citadas del prospecto cifran el resultado esperado del ejercicio de reunión: hojas multifacéticas que más que a un museo de objetos prolijamente ordenados se parecen al precioso *boudoir* de la joven heroína romántica de José Mármol, Amalia, de cuyos aposentos el novelista hizo una descripción de extenuado detallismo.

La falta de suscriptores puso fin a *El Museo Americano* luego de la aparición de 52 números de periodicidad semanal. Además, si creemos en la palabra del editor, el cierre del periódico se debió a “haber recibido también varias observaciones y reclamaciones sobre la elección y distribución de las materias” (52, 416). El continuador de la empresa de Bacle, *El Recopilador*, llevó como segundo nombre el de su antecesor, es decir, *Museo Americano*. Como asumiendo la gravedad del asunto que había hecho perecer a la hoja precedente, el nuevo periódico dedicó un artículo a justificar el criterio usado en la elección de los materiales publicados. En un raro recurso de puesta en abismo, *El Recopilador* recopila en un texto los temas y géneros que encontraron lugar en los 15 números que a la fecha habían visto la luz. Refiriéndose a la variedad de las temáticas abordadas, puntualiza:

¿Y habrá quien acuse al recopilador del pecado de la monotonía? Nadie que esté en su juicio. Él ha recorrido, en tan poco tiempo como lleva de su segundo año, casi todo el círculo de las divisiones y subdivisiones a que están sujetas las producciones de la mente en sus innumerables fases y caprichos (16, 229).

Hablar de “divisiones y subdivisiones” conectaba la empresa de Bacle con el problema de las lenguas clasificadoras y catalogadoras, en plena expansión en la época, que segmentaban las cosas y seres del mundo –y los libros sobre ellos– en distintas

categorías para poner un orden a la diversidad. La identificación del papel, desde el título, con esa gran máquina para coleccionar y exhibir que es el museo genera la expectativa de encontrar en sus páginas una matriz de organización específica, que jerarquice y clasifique objetos. No obstante, el hecho de que el contenido del periódico estuviese sujeto a las “innumerables fases y caprichos” de la mente hace pensar en otra clase de ordenamiento, más provisorio e inestable. Quizás haya, entonces, en *El Recopilador* (y también en *El Museo Americano*), el mismo tipo de “desorden clasificatorio”⁴ que Horacio González identifica en la *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*, de Pedro de Angelis, obra pionera del archivismo local, publicada de manera contemporánea a los periódicos de Bacle (1836 y 1837). González atribuye este rasgo del trabajo del letrado napolitano a la propia forma de la clasificación decimonónica, que, según especifica, “probablemente pertenece aún a la idea de que las categorías del pensamiento no deben ser ‘exhaustivas y excluyentes’ como luego lo pretendió la ciencia clasificatoria del siglo científico posterior”.

Más aún, el uso de la palabra “caprichos” en el pasaje citado de *El Recopilador* refuerza la idea de una práctica de selección y organización del contenido no del todo sujeta a compartimentos de contornos evidentes. El término, además de mentar una conducta arbitraria y de nombrar un género pictórico dominado por la fantasía (los *capricci*), puede enlazarse con una de las concreciones más famosas de esa matriz genérica: los *Caprichos* de Francisco de Goya, álbum de grabados publicado en 1799. Bacle lo conocía muy bien ya que, en el primer número de *El Museo Americano*, se había publicado una copia litográfica de una de sus láminas realizada por su esposa Andrea Macaire. Se trata del grabado n° 51 titulado “Se repulen”, que muestra a un hombre cortándole a otro unas uñas larguísimas y curvas y, de fondo, cerniéndose sobre las figuras humanas, un ave negra de alas abiertas. En esa ocasión, el texto que acompañaba la imagen no ocultaba el desconcierto del redactor: “Hemos sacado la lámina que precede de una colección de caricaturas en que todos los personajes son hechiceros y hechiceras. Confesamos que su sentido nos es desconocido” (1, 5). Este comentario, aunque se refiera a una ilustración específica entre las 112 publicadas en *El Museo Americano*, sugiere que tal vez sea la ausencia del momento de cierre de

⁴ González, Horacio. *Historia de la Biblioteca Nacional. Estado de una polémica*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional, 2010, p. 54.

significado una de las características determinantes de la abigarrada sintaxis de estos periódicos, lo que descubre que en la práctica de compilar que se desplegaba en ellos había más estupefacción ante las cosas que racionalidad ordenadora.

Historia natural, historia religiosa, escenas de la Edad Media, cuentos, leyendas, biografías de hombres famosos (Massillon, Chateaubriand, Humboldt), música, pintores de España, invenciones, lugares exóticos, higiene, costumbres populares, datos célebres del mes, anécdotas, viajes, máximas diversas, chinos célebres, de los jesuitas, astronomía, alquimistas son algunos de los asuntos que se desarrollan en las páginas de *El Museo Americano*. En esa superficie heteróclita de temas, donde predomina el apartado insular más que las secciones fijas, hay un título que llama la atención por su condición un tanto antojadiza: chinos célebres. Categoría caprichosa que recuerda la desopilante clasificación de animales que Borges atribuye a una enciclopedia china. En “El idioma analítico de John Wilkins”, ensayo en el que aparece la mentada obra enciclopédica, el escritor argentino afirma que “no hay descripción del universo que no sea arbitraria y conjetural”⁵. Precisamente, esa tarea descriptiva es la que emprendieron *El Museo Americano* y su continuador: hacer un inventario total del mundo. Casualidad o no, la patria del atlas borgeano y del pequeño campo temático del periódico coinciden. Ese aparte dedicado al país oriental encontraba su justificación en el exotismo y el orientalismo como trazos de la sensibilidad romántica de la que abrevaban los semanarios ilustrados de Bacle⁶ pero también sirve como muestra de los puntos ciegos de una serie que desafía la posibilidad de clasificación porque hace palpable la amenaza de agrupamientos infinitos.

Gabinetes de curiosidades

En términos de la historia de los museos, los periódicos de Bacle más que a ellos remiten a sus antecesores, los gabinetes de curiosidades o cuartos de maravillas, que se extendieron por toda Europa durante los siglos XVI y XVII. Fueron elementos clave de la cultura erudita de esas centurias y estuvieron relacionadas con los viajes de descubrimiento y de conquista. Lo que caracterizaba a los gabinetes era su desiderátum de totalidad; es decir, a partir de los elementos recogidos buscaban construir un pequeño

⁵ Borges, Jorge Luis. “El idioma analítico de John Wilkins”. En *Otras inquisiciones. Obras completas 1923-1972*. Buenos Aires: Emecé, 1974, 708.

⁶ Szir, Sandra. “Romanticismo y cultura de la imagen en los primeros periódicos ilustrados en Buenos Aires. *El Museo Americano*. 1835-1836”. *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*, v. 18, n° 36, 2010, 296-322.

cosmos⁷ (Pomian, 1990). El programa de materias a tratar que *El Museo Americano* daba a leer en su prospecto se identificaba con esa lógica de armado; su aspiración era ofrecer a los lectores un compendio del mundo en toda su diversidad de países, elementos de la naturaleza, épocas, seres vivos y objetos. Lo mismo puede decirse respecto de *El Recopilador*. Esa variedad de asuntos no constituía solo material de entretenimiento sino también de instrucción. La nota editorial de presentación del primer periódico de Bacle aclaraba sobre este punto que el objetivo pedagógico “se ejercerá a la manera de aquella educación general que las clases de la sociedad que tienen tanto sosiego, deben a las relaciones habituales con los hombres distinguidos, á lecturas variadas y escogidas, á los recuerdos de los viages” (“A todo el mundo”, s/p).

Mientras las personas más encumbradas, que podían disfrutar de una vida de “sosiego”, construían una memoria personal que coagulaba en un conocimiento privilegiado del mundo, los sectores más menesterosos de la sociedad (aquellos que precisaban trabajar para vivir), tenían que componer, a través del entrelazamiento de palabras e imágenes y, sobre todo, de estas últimas como recursos mnemónicos, un sucedáneo de la memoria viva y espontánea que era prerrogativa de las elites. Los periódicos de las características de *El Museo Americano* y *El Recopilador* funcionaban como ese sucedáneo; un dispositivo técnico que oficiaba como método de conocimiento ya que tenía la capacidad de externalizar y hacer compilables, y por lo tanto, recordables múltiples saberes que las personas adineradas podían adquirir por experiencia directa; de ahí el empeño que ponían los editores en la encuadernación de los distintos números en un único volumen como manera de construir un espacio de resguardo que evitara la dispersión y el olvido del saber contenido en ellos.

Bibliografía

- Bacle, César. *Museo Americano. Libro de Todo el Mundo*. Buenos Aires: Imprenta del Comercio y Litografía del Estado, 1835.
- ----- . *El Recopilador. Museo Americano. Antología*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional, 2013. Edición, compilación y estudio preliminar de Hernán Pas.
- Benjamin, Walter. *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal, 2005.
- Borges, Jorge Luis. “El idioma analítico de John Wilkins”. En *Otras inquisiciones. Obras completas 1923-1972*. Buenos Aires: Emecé, 1974.

⁷ Pomian, Krzysztof. *Collectors & Curiosities*. Cambridge: Polity Press, 1990.

- Chartier, Roger. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza, 1994.
- ------. *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa, 2005.
- Goldgel, Víctor. *Cuando lo nuevo conquistó América. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2013.
- González, Horacio. *Historia de la Biblioteca Nacional. Estado de una polémica*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional, 2010.
- Pas, Hernán. “Estudio preliminar. Compilar, transcribir, editar: los inicios de la literatura argentina”. En *El Recopilador. Museo Americano. Antología*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional, 2013.
- Pérez Valle, Raquel. *Literatura y periodismo en el siglo XIX. El Museo de las Familias (1843-1870)*. Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2015 (tesis de doctorado).
- Pomian, Krzysztof. *Collectors & Curiosities*. Cambridge: Polity Press, 1990.
- Szir, Sandra. “Romanticismo y cultura de la imagen en los primeros periódicos ilustrados en Buenos Aires. *El Museo Americano*. 1835-1836”. *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*, v. 18, n° 36, 2010, 296-322.
- Tello, Andrés. *Anarchivismo. Tecnologías políticas del archivo*. Adrogué: La Cebra, 2018.